

LA RECONQUISTA ESPAÑOLA.—Apuntes para la Historia de Chile. 1814—1817, por MIGUEL LUIS I GREGORIO VÍCTOR AMUNÁTEGUI.

LA EMIGRACION.

Durante la aciaga época de la reconquista, la historia de Chile se divide en dos partes, como que también la sociedad chilena se fracciona en dos porciones. La una comprende las tiranías i violencias de Ossorio i de Marcó, la otra las miserias i padecimientos de los emigrados. Al paso que la primera nos entristece como un largo i doloroso martirio, la segunda nos consuela, a la par que nos aflige, presentándonos el cuadro de hombres que conservan su dignidad en medio de la pobreza, i no descansan un momento, buscando recursos para salvar su patria de la opresion en que jime.

La emigracion arrastró en sus olas miembros de todas las clases sociales. Despues del desastre de Rancagua se esparció una alarma jeneral, un terror pánico irresistible, que precipitó al otro lado de los Andes a individuos que no habian tenido injerencia en la política ni de hecho ni de palabra. Se corrió que los vencedores venian pasando a cuchillo a los vencidos, voz que motivó la circunstancia de haber combatido sin cuartel i con bandera negra en aquella fatal jornada. Las escenas sangrientas de Méjico, Caracas i Alto Perú daban también a los españoles una fama terrible, que lo hacia esperar todo de su crueldad i barbarie. Soldados, mujeres i niños atravesaron los Andes a pié i en la mayor confusion. Esta multitud que improvisaba un viaje penoso por entre rocas cubiertas de nieve, endonde dejaba un rastro de sangre,

soportó penalidades sin cuento. Faltaban los viveres i las cabalgaduras; muchos de estos infelices viajeros abandonaban en el camino estenuados de fatiga sus equipajes, que habian trasportado en hombros. Aquellas cumbres presenciaron cuadros patéticos, escenas lamentables producidas por el hambre, la desnudez i la precipitacion de la marcha. Se vió a una pobre madre dar a luz sobre la nieve un hijo, que llevó en sus brazos hasta Huspallata.

Defendia las espaldas de los fujitivos don José Miguel Carrera con la poca tropa que no se habia desorganizado, i abandonaba uno de los últimos el suelo de Chile. Lo abandonaba triste i pensativo, con un vago presentimiento de los males que le aguardaban. Muchos de los argentinos que intervinieron en la revolucion, como Balcarce, Villegas, Vidal, Pasos, don Santiago Carrera habian tenido con él frecuentes desavenencias; algunos aun se habian declarado paladinamente por sus adversarios políticos. Temia que el gobierno de las Provincias Unidas, influido por estos personajes, le hiciese una acogida desfavorable, i se iba preparando a no sufrir la menor cosa que menoscabase en un ápice su dignidad. El gobernador de Cuyo, don José de San Martín, oficial que se habia distinguido en la guerra de España, no estaba hecho para entenderse con él. De un carácter tan altanero i ambicioso como el suyo, ansiaba por ocupar en los acontecimientos de América el rango que correspondia a su alta capacidad, no tolerando ni superiores ni iguales. Era, pues, inevitable que chocase con Carrera, que tampoco reconocia la supremacia de nadie, i cuyo orgullo se aumentaba con la desgracia. Mientras mas lo abatia la fortuna, tanto mas se elevaban sus pretensiones, sin que le intimidase ningun jénero de persecuciones. Si en la prosperidad cedia, si era capaz de alargar una mano de amigo a O'Higgins despues de haberle derrotado, oponia en el infortunio una resistencia incontrastable a sus enemigos. Los individuos que habia desterrado a Mendoza, cuando se apoderó del gobierno deponiendo al director Lastra, muchos de ellos distinguidos por su graduacion o su talento, habian predispuesto en contra de Carrera el ánimo de San Martín, pintándoselo como un espíritu turbulento, principal causa de la pérdida de Chile. En consecuencia, San Martín se habia formado una idea desventajosa de su carácter, que creia discolo e intratable.

Bajaba don José Miguel de la cordillera, i el gobernador de Cuyo venia a auxiliar la emigracion, cuando se encontraron los dos en el valle de Huspallata, i aunque se reconocieron, no se saludaron. Este fué el principio de las hostilidades. (1) A poco supo Carrera que algunos de los confinados de Julio, habian salido al camino a insultar a su familia; que el mismo San Martín habia dado órdenes a los soldados de que reconociesen por Jeneral a O'Higgins; que habian sido vejados dos de sus más decididos partidarios, don Juan José Benavente, a quien habia ofrecido enseñarle política con el sable, porque no se quitó el sombrero en su presencia, i don Juan de Dios Uréta, a quien se habia obligado a bajarse de una mala bestia, porque no tenia de pronto con que pagaria, forzándole a caminar con el avio al hombro.

Carrera, prevenido como estaba, divisó en estos incidentes otros tantos actos de malquerencia hacia su persona; pensó que sus recelos comenzaban a realizarse aun antes de lo que habia temido, que habia un ánimo deliberado de ajarle i de ensalzar a sus rivales, i que los desaires i persecuciones de aquel en cuya proteccion habia confiado, se agregarían para él a los sinsabores del proscripto. Nunca habia amado mucho a los argentinos; pero entónces su antipatia se convirtió en odio. Esa disposicion de que se pusieran a las órdenes de O'Higgins, comunicada a sus subalternos por San Martín, por un mandatario extranjero, heria en lo mas vivo sus susceptibili-

(1) Para referir las competencias entre Carrera i San Martín, hemos tenido a la vista la correspondencia orijinal de estos dos jefes, el Diario i un Manifiesto del primero, un trabajo histórico publicado por don Manuel Gandarillas en el Araucano i consultado el testimonio de varios emigrados.

tidades de jeneral, de hombre de partido, de chileno. El espíritu de nacionalidad estaba muy pronunciado en don José Miguel, lo llevaba aun hasta la exajeracion; era en extremo puntilloso en todo lo que le parecia un ataque a las prerrogativas de su patria. En el caso presente su altivez i sus odios políticos se aunaban con este sentimiento, para que el insulto le hiciera mayor impresion.

Con la rabia en el corazon aguardó impaciente en el alojamiento al gobernador, a fin de exigirle una explicacion. Tan luego como se le anunció su venida, aunque ya fuese entrada la noche, envió con uno de sus ayudantes a pedirle una conferencia. San Martín le recibió en el acto i con la mayor cortesía. La conversacion fué cordial i amistosa. Manifestó a Carrera que al dar la órden de que se reconociera por jefe a O'Higgins, no habia tenido intencion de ofenderle; que habiendo visto venir dispersos i desbandados un gran número de soldados, habia tratado de evitar las fechorías siempre temibles en semejantes circunstancias, i para conseguirlo habia encargado de contenerlos al oficial chileno de mas graduacion i respeto, que habia encontrado a su lado. Como don José Miguel se quejara de la escasez de cabalgaduras para su tropa, i de la carestía con que se les vendian los pocos viveres que se les proporcionaban, le prometió poner a su disposicion, para remediar el mal, cuantos le fuera posible. Todo pareció quedar arreglado, i los dos se separaron, si no completamente satisfechos en el fondo uno de otro, al ménos con todas las apariencias de una reciproca consideracion.

Mas apenas amaneció el siguiente dia, pudo conocerse que las competencias i disgustos que molestaban a los fugitivos, tenian su raiz en pasiones demasiado irritadas para que se cortaran con una palabra. San Martín se habia marchado muy de madrugada para Mendoza, dejando a O'Higgins el encargo de prestar a la division los auxilios que habia prometido. Habiendo este merecido el honor de que se le encomendase la comision con preferencia a otro, aparecia rodeado de sus parciales i de algunos jefes argentinos con todo el prestigio del apoderado, del hombre de confianza del gobernador. Algunos de sus amigos, entre los cuales llevaba en esta ocasion la voz don Santiago Carrera, pretendieron que debia entregársele el mando de las tropas en virtud de la delegacion de San Martín. Los *carrerinos* no se mostraron muy dispuestos a permitir se infriese a su caudillo tan humillante agravio, e hicieron entender que no obedecerian las órdenes de ningun otro. Los emigrados a quienes la guerra civil traia divididos desde Chile, habrian venido a las manos, en el momento de pisar un suelo extraño, si O'Higgins hubiera cometido la imprudencia de reclamar el mando; mas viendo la disposicion de los ánimos no se atrevió a exigir una obediencia que se le habria negado, i se puso en camino con los dragones de Alcazar, evitando con su determinacion que se desbordasen de una manera terrible resentimientos antiguos que los sucesos referidos habian agriado.

Siguióle luego don José Miguel con el grueso de la fuerza, i apenas pisó los umbrales de la ciudad, tuvo que sujetarse a una inquisicion injuriosa para su honra por la causa que la inspiró. Se hablaba mucho en el público de los injentes caudales que llevaba consigo, del oro i de la plata de que se habia apoderado en su fuga de Santiago, i declarándose los mandatarios de Cuyo herederos del fisco chileno, procuraron echarse sobre aquel tesoro. Un escuadron de aduaneros, escoltados por una partida de civicos se precipitó sobre los equipajes de los Carreras, de su hermana doña Javiera, de Uribe i de don José María Benavente, i les intimó que dejasen rejistrar las cargas de su pertenencia. Los dueños al principio resistieron con enerjia semejante exámen; pero su oposicion no hizo, sino aumentar el empeño de los empleados del resguardo, que los amenazaron con usar de violencia, si no consentian por bien. Entónces hubo que ceder. Inspeccionaron los baules i las camas con la mayor escrupulosidad; mas en vez de las cuantiosas sumas, que talvez esperaban des-

cubrir, solo hallaron ropa i objetos de poco valor. No habiendo podido practicarse igual operacion con el equipaje de don José Miguel por haberse perdido las llaves, lo condujeron ellos mismos a la aduana, endonde fue preciso al siguiente dia para abrirlo desarrajar la cerradura. Este reconocimiento no produjo tampoco ningun resultado, i sufrieron el mismo desengaño que con los otros. No puede ponerse en duda que la razon de esta medida fué, como lo hemos indicado, el deseo de posesionarse de los caudales, que segun suponian, se habian apropiado los Carreras. Si hubiese sido un mero trámite fiscal, se habria practicado con todos; mas únicamente se observó con las personas citadas.

Habria bastado este recibimiento para suscitar entre el gobernador i Carrera enemistades i disensiones; pero motivos mas serios vinieron bien pronto a imprimir a la controversia un carácter mas grave i hostil. Don José Miguel pretendia ejercer sobre sus tropas la autoridad de un jeneral en jefe, sin permitir que ningun mandatario extranjero se entrometiera en el régimen doméstico i económico de su division, i alegaba por fundamento a su conducta el pacto de union que existia entre Chile i la república argentina. Reclamaba de un aliado lo que sin dificultad le habria concedido un neutral. Desde que entraba con la autorizacion competente en el territorio de un pueblo amigo, i mas que amigo, hermano, no estaba dispuesto a tolerar que se le usurpasen las atribuciones que le correspondian de derecho. Habia salido de su patria al frente de los restos escapados del destrozo de Rancagua; se habia dirigido a Mendoza para husear proteccion, no para rendirse, i solo aguardaba auxilios del gobierno de Buenos-Aires, para repasar la cordillera i continuar la guerra en la provincia de Coquimbo. Sostenia, pues, que debia tratársele como al jefe de un ejército en tránsito, no como a un subalterno, i obraba en conformidad de estas ideas. Cuando mas, en caso de tener que recibir las órdenes de alguién, serian las del director supremo, i nunca las de un simple gobernador. (2)

Estas pretensiones incomodaban sobremedura a San Martín, que las recibia como un insulto dirigido a su persona, como un desacato cometido contra la dignidad del puesto que ocupaba. No podia tolerar con paciencia que fuese Carrera i no él, quien diese el *santo*; que la retreta se tocara en la casa del jeneral chileno, i no en la suya. Pensaba que desde que los españoles se habian enseñoreado de Chile, habian cesado de hecho en sus funciones todos los majistrados, todos los oficiales de este estado, cualquiera que fuese su grado o jerarquía, que habian pasado a ser meros ciudadanos como cualesquiera otros i que en todo estaban sujetos a su jurisdiccion. Miraba como actos de sedicion, dignos de castigo i abusivos de la hospitalidad, los aires de independencia que aparentaba Carrera. Decia con indignacion que este intentaba mantener en el centro de una nacion ajena una especie de nacion ambulante i póstiza, gobernada por él solo.

Una parte de la emigracion apoyaba esta opinion, i fomentaba las prevenciones de San Martín contra don José Miguel. Ya hemos dicho que los desterrados de Julio, entre los cuales se contaban hombres de tanto respeto como Mackena, i de un ta-

(2) Copiamos el siguiente párrafo de la correspondencia entre Carrera i San Martín, en que aparece a las claras cuál era el origen de su competencia. — «Niega V. S. haber sido atropellados mi autoridad i empleo desde que pisé este territorio, cuestionando si en un pais extranjero hai mas autoridad, que las que el gobierno i leyes constituyen. Los paises dejan de ser extranjeros, cuando se unen por una mutua alianza. Tal ha sido la que constituyó hermano al estado chileno de las Provincias Unidas del Rio de la Plata. Asi es que rendido cualquiera de ambos dominios debia ser protegido por el que aun conservase su poder. En este debia aquel reunir sus fuerzas bajo las órdenes del oficial que hubiese nombrado jefe de ellas. No me aparto de que las facultades de V. S. lleguen a la de contener los desórdenes que cometieren algunos emigrados; pero le niego la de hacer jenerales de Chile a mis subalternos, en cuyo número esta el comandante de la primera division don Bernardo O'Higgins, e igualmente la de mezclarse en el régimen interior i económico de las tropas que mando. Cuando el supremo director me conteste accediendo a ayudar la reconquista de Chile, saldrán ellas unidas a las auxiliares. En el estremo opuesto quedarán todas esasntas de servicio, o tomarán el destino que mas les acomode, como que hasta ahora no conocen ni han jurado mas banderas que las de Chile.»

lento tan insinuante como el de Irisarri, le habian rodeado desde su llegada a Mendoza, i formaban su circulo. Naturalmente O'Higgins i sus amigos, correligionarios políticos de los anteriores, se les habian unido, i repetian en coro, recargándolas con los mas negros colores, cuantas acusaciones habia inventado el espíritu de partido contra don José Miguel. San Martin los escuchaba con complacencia; no simpatizaba mucho con el desgraciado jeneral que no se habia prestado a tributarle las consideraciones que le habia exijido, i en quien miraba para el porvenir un obstáculo a su ambicion. Meditaba ponerse a la cabeza de la expedicion que marcharia a liberar a Chile, i con su ojo penetrante columbraba en Carrera un émulo que le disputaria el mando i le embarazaria en sus planes. Veia al contrario entre sus adversarios personas sumisas, que pondrian a su disposicion el socorro de su brazo i la influencia de que gozaban entre sus compatriotas. No tenia que vacilar un momento sobre la linea de conducta que le convenia seguir. Abatiendo a don José Miguel, castigaba su proceder, insolente i descomedido a su juicio, facilitaba para despues la realizacion de sus proyectos, i se ligaba por la gratitud a los hombres de quienes iba a tener necesidad.

En poco tiempo la competencia habia enconado los ánimos hasta el último extremo. Dia a dia habian luchado los dos contendores a punta de oficios. En esta correspondencia acre e incisiva, se habian lanzado mutuamente esas injurias que pocas veces se perdonan. La cólera de San Martin habia llegado al colmo, i los *o'higginistas* no se descuidaban en atizarla. Trabajaban principalmente por acabar de hundir a Carrera, despojándole de la sombra de poder que le restaba. Así excitaban de continuo al gobernador, para que le separara de la division, i alejara de Mendoza tanto a él, como a los demas corifeos de su partido. El otro, que contentando estos deseos, satisfacía los propios, se manifestaba mui inclinado a darles gusto. Para proporcionarle un pretexto, le elevaron una especie de acta en que recapitulaban todas las reprimendas i cargos que podian levantarse contra su rival, i solicitaban su espulsion.

Los *carrerinos* por su parte, tan luego como supieron la ocurrencia, se reunieron sin pérdida de tiempo, i se pusieron a redactar el proceso de sus enemigos con tanta hiel i acrimonia, como estos habian usado para con ellos. Estaban ocupados en esta operacion, cuando vino a notificarse a los tres hermanos Carreras i a los dos vocales de la última Junta Muñoz i Uribe la intimacion de que salieran confinados a la provincia de San Luis a esperar las órdenes del director supremo. El intendente paliaba este decreto con la precision en que se hallaba de atender no solo a la seguridad de sus propias personas, sino tambien a la tranquilidad pública, que amenazaba alterar la fermentacion producida por su presencia entre los emigrados. «Si V. S. confinase a José Miguel Carrera, le contestó este entre otras cosas, yo espondria los derechos del hombre al alcance de la judicatura, i el orden con que deben hacerse los juzgamientos; pero como jeneral del ejército de Chile, i encargado de su representacion en el empleo de vocal del gobierno, que dura mientras lo reconozcan los patriotas libres que me acompañan, i mientras hagamos al directorio de estas Provincias la abdicacion de armas i personas a que marchamos, solo puedo contestar que primero seria descuartizarme, que dejar yo de sostener los derechos de mi patria.» Le avisa en seguida en medio de muchos desahogos bastante provocativos contra su proceder i el de los *o'higginistas*, que puesto que considera perjudicial su permanencia en la ciudad, se queda disponiendo para marcharse a la mayor brevedad con su tropa a Buenos-Aires.

A la vista de esta actitud conoció San Martin que se habia apresurado demasiado, pues no estaba preparado para oponerse por la fuerza a semejante resolucion. Carrera se hallaba a la cabeza de un cuerpo de tropas cuya mayor parte abrigaba ha-

cia su persona un verdadero afecto, el amor del soldado por un jefe respetado, mientras que él no había reunido todos los elementos de que necesitaba para intimidar a los parciales del jeneral chileno, e impedir que la desesperacion i el entusiasmo por su candillo los precipitaran en una resistencia porfiada. Tomó el partido de cejar por entónces, i aplazó para mas tarde el cumplimiento de sus designios. Uno de los rasgos prominentes de su carácter era el disimulo; sabia ocultar su pensamiento, i no escrupulizaba por llegar a su fin acomodarse un rostro que disfracase los sentimientos que en realidad le animaban. Por salir del apuro no tuvo en esta ocasion ninguna repugnancia para ir a las ocho de la mañana a hacer a don José Miguel una visita; en la cual le hizo mil protestas de amistad, se disculpó por su providencia i le manifestó estaba conforme en que él o cualquiera de sus amigos pasasen a Buenos Aires; o al punto que mas les acomodase.

No tardó Carrera en convencerse de que no tenia intencion de cumplirle esta promesa. Hacia este tiempo partieron para la capital del Plata Mackena e Irisarri acompañados de don Pablo Vargas. Se susurró que el objeto de su viaje era ir a trabajar por los intereses de su faccion al lado del director supremo. Sospechando este propósito, el 'bando' contrario procuró neutralizar las ventajas que podian obtener con esta determinacion, enviando tambien un agente que abogase por su causa. Nadie pareció mas idóneo para tan delicada mision, que el presbitero Uribe. Le sobraba sagacidad para luchar en diplomacia con los emisarios de los o'hingginistas, i estaba en posesion de todos los datos i antecedentes necesarios para defender las pretensiones de sus amigos. A fin de llevar a cabo esta resolucion, solicitó Carrera de San Martín que concediese a su coléga el correspondiente pasaporte. Mas este olvidado de los ofrecimientos que habia hecho pocos dias ántes, contestó que estaba dispuesto a permitir se trasladara a Buenos Aires cualquier individuo que se le indicara, a ménos que fuese de los que componian la última Junta de Chile, porque ignoraba que decision tomaria sobre las personas de estos su gobierno, a quien ya habia consultado.

Esta variacion del gobernador dejaba traslucir algo de sus designios. Importaba por consiguiente apelar cuanto ántes a la proteccion del director, i buscar un amparo a la sombra de su autoridad. Fué lo que hizo don José Miguel, apresurándose a pedir licencia para que partiesen su hermano Luis i el coronel don José María Benavente, ya que no la habia logrado para don Julian Uribe, como lo habia deseado. Estos dos caballeros debian hacer ante el gabinete de Buenos Aires la historia de los servicios prestados por su partido a la independencia americana, i una relacion de los agravios que les habia inferido el intendente de Mendoza, implorando juntamente los auxilios que exijia una expedicion restauradora.

Mas todo el empeño de los *carrerinos* por aferrarse en su naufragio a una tabla de salvamento, era inútil; su ruina estaba decretada i su poder no alcanzaba a conjurar la tempestad que iba a sumerjirlos. San Martín no era hombre que desistiera fácilmente de lo que una vez habia concebido. Habia visto que don José Miguel no se intimidaba por simples amenazas, aunque llevasen la forma de decreto i la firma de un mandatario superior, i la esperiencia le habia enseñado que aquel jenio contumaz solo se doblegaría delante de una fuerza capaz de imponerle. Desde que esta idea habia penetrado en su espíritu, se habia puesto a la obra. Antes de todo habia computado sus recursos para no esponderse a dar un golpe en falso. Habia alistado las milicias de los alrededores, a fin de que viniesen a reforzar el cuerpo de auxiliares argentinos, mandado por Las Heras, que estaba a sus órdenes, i se habia asegurado de la cooperacion de Alcazar i Molina, que disponian de una parte de las tropas chilenas. Cuando tuvo arreglados todos estos preparativos, exigió de Carrera que diese a reconocer en su division por comandante jeneral de armas a don Marcos Balcarce.

El desgraciado don José Miguel, que se iba sintiendo ya débil e impotente para la resistencia, no se atrevió a contestar el oficio por no encontrar mas la cuestión. Pensó probablemente que el silencio le haría ganar tiempo, hasta conocer las intenciones del director supremo. Reprimió con trabajo los arranques de su arrogancia; i se contuvo. Pero este sacrificio de nada le valió. San Martín se hallaba demasiado fuerte i estaba muy resentido, para que le guardara muchas consideraciones. En aquellos dias le dirijió una tras otra las notas mas imperiosas e insultantes. Carrera que habia percibido que se le habian minado muchos de sus propios soldados, perdidas sus esperanzas, quiso morir como valiente, mas bien que bajo los golpes de la persecucion, i solicitó con ahínco se le proporcionaran algunos auxilios para dejarse caer con sus compañeros sobre la provincia de Coquimbo. La respuesta de San Martín fue intimarle el 30 de Octubre que si en el perentorio término de diez minutos no entregaba su tropa a don Marcos Balcarce, le trataria no como a un enemigo extranjero, sino como a un infractor de las leyes del país, i le castigaria como a tal. (3)

Carrera, aunque le doliera, conoció bien pronto que no le quedaba otra salida que rendirse. El cuartel estaba rodeado por numerosas milicias de caballería; se habian abocado cañones a las avenidas principales; Alcazar i Molina al frente de sus soldados aparecian entre los sitiadores; se habia desplegado en una palabra un grande aparato militar, ni mas ni ménos que si fueran a asaltar, no el desmantelado corral que servia de alojamiento a los emigrados, sino un punto convenientemente fortificado. Sin embargo toda aquella ostentacion de fuerzas se redujo a una simple parada, porque el jeneral cediendo a la necesidad obedeció a cuanto se le exijia, i segun se lo indicaron, hizo formar la tropa en el patio del cuartel. Entónces a la vista de la línea se proclamó un bando que proponia a los chilenos continuar sus servicios bajo las banderas arjentinas, o retirarse como meros ciudadanos. En seguida un ayudante mandó que avanzasen dos pasos los que prefirieran la primera de estas propuestas. Solo dos hombres se separaron de la fila; los demas permanecieron firmes. Esta decision desagradó a los mandatarios de Cuyo, i a pesar del bando, todos aquellos hombres, tanto los que habian admitido el nuevo compromiso, como los que habian rehusado, fueron retenidos i enviados en número de 700 a Buenos-Aires, donde fueron incorporados en distintos batallones. (4)

(3) Todos los emigrados de Chile quedan bajo la proteccion del supremo gobierno de las Provincias Unidas, como han debido estarlo desde que pisaron su territorio; de consiguiente las obligaciones i contratos que dichos individuos formaron con aquel gobierno, quedan libres de su cumplimiento en el instante que entraron en esta jurisdiccion.

Ya no tiene V. S. ni los vocales que componian aquel gobierno mas representacion que la de unos ciudadanos de Chile, sin otra autoridad, que la de cualquiera otro emigrado, por cuya razon, i no debiendo existir ningun mando, sino el del supremo director, o el que emane de el, le prevengo que en el perentorio término de diez minutos entregue V. S. al ayudante que conduce este, la órden para que las tropas que se hallan en el cuartel de la Caridad, se pongan a las inmediatas del comandante jeneral de armas don Marcos Balcarce.

La menor contravencion, pretexto o demora a esta providencia me lo hará reputar a V. S., no como un enemigo, sino como un infractor de las sagradas leyes de este país.

El adjunto bando que en este momento se está publicando enterará a V. S. de las ideas liberales de este gobierno.—Dios guarde a V. S. muchos años. Mendoza 30 de Octubre de 1814.—José de San Martín.—Señor Brigadier don José Miguel Carrera.

(4) Como algunos pudieran tener dudas sobre el número de plazas a que ascendian las tropas de Carrera, vamos a copiar el estado siguiente, fechado el 22 de Octubre de 1814, que don José Miguel envió con su hermano Luis al director supremo de las Provincias Arjentinas.

Brigada de artilleria	105 hombres.
Batallon de infanteria de línea N.º 1.	36
Batallon de infanteria de línea N.º 2.	38
Batallon de infanteria de línea N.º 3.	22
Batallon de infanteria de línea N.º 4.	73
Batallon de injenios	60
Rejimiento de caballeria. Gran Guardia Nacional.	164
Asamblea Jeneral, de caballeria.	
Dragones.	240
Total	708

Apénas se concluyó esta funcion, San Martín hizo llamar a su presencia a don José Miguel i a don Juan José Carrera, a Uribe i a don Diego Benavente, i exhortándolos a la conformidad, puso en su conocimiento que obligado por las circunstancias se veía en la precision de dejarlos arrestados. El primero de estos señores le contestó que «no extrañaba semejante tratamiento, porque lo esperaba desde tiempo atras, i que con respecto a la conformidad, era esa una virtud que le habian enseñado los españoles en sus cárceles, cargándole de cadenas.» De ahí fueron los cuatro conducidos a un estrecho calabozo, endonde quedaron prisioneros con centinela de vista.

El gobernador habia llevado mui a mal la repugnancia que la tropa habia mostrado para enrolarse en el ejército argentino, i atribuía, por las insinuaciones de ciertos individuos, esta, que él llamaba insubordinacion, a la influencia del capitán don Servando Jordan. Por este motivo estaba irritadísimo con este oficial, a quien ordenó comparecer luego que se retiraron los cuatro anteriores. Cuando se le presentó, le recibió con cortesía, pero habiéndole mandado que siguiese a su ayudante, no sabemos con qué objeto, el capitán a corta distancia de su persona se colocó el sombrero en la cabeza por librarse de los rayos del sol. Talvez ejecutaria esta accion con insolencia, aunque Jordan asegura que no, bajo su palabra de honor; mas lo cierto es que San Martín se precipitó furioso sobre él, le arrojó al suelo su sombrero, le dió una manotada en el brazo i le gritó con voz entrecortada por la cólera. «Delante de mí nadie se cubre. Tengo bayonetas para destapar a V. los sesos. V. pagará su desacato.» Hizo despues arrastrarle a la prision de los criminales comunes, i remacharle una barra de grillos. (3) Contamos la anécdota, porque puede servir para dibujar un rasgo de carácter de uno de los libertadores de América. Los hombres notables son casi siempre una mezcla de grandes cualidades i de pequeños defectos, i la historia que no es una apolojía, sino un espejo fiel de lo pasado, debe procurar poner en escena los personajes cuales han sido, i no rotular con nombres célebres creaciones convencionales o de pura fantasia. Cuando el escritor tropieza con una falta de alguno de esos a quienes nos liga la gratitud, i que desearíamos hallar siempre intachables, es un triste deber, pero es un deber sagrado consignarla; sin insultar a la verdad se desquitará en otra ocasion, relatando sus hazañas o sus virtudes.

A solicitud de Carrera, él i sus compañeros de cárcel fueron trasladados a Buenos-Aires bajo la custodia de 30 dragones. El jefe de la escolta habia recibido instrucciones para exigir de los reos (asi se les denominaba en el pasaporte) el dinero que necesitaria para satisfacer su paga. Sabedora la tropa de esta disposicion reclamó de los presos los sueldos cumplidos del último mes, que no se le habian aun cubierto, i como estos se negaron a sus pretensiones, resolvió cancelar sus cuentas por sí misma, saqueando los equipajes. Afortunadamente este complot principió a tramarse en las inmediaciones de San Luis, de manera que el intendente de la provincia Dupui pudo ser informado de la maquinacion i evitar su estallido, haciendo arrestar al oficial que la encabezaba. La tropa continuó custodiando a los viajeros hasta el pueblo de Lujan, distante diez i seis leguas de la capital, endonde recibió orden del director don Jervacio Posadas para retirarse i dejarlos entrar libremente; pero antes de separarse el capitán que la mandaba, arrancó a don José Miguel 50 pesos como recompensa debida a sus soldados por haberlos acompañado.

Mientras venian los prisioneros de Mendoza a Buenos-Aires, habia ocurrido en esta

NOTA.—La premura del tiempo no permite dar una noticia circunstanciada del armamento, i de los jefes i oficiales sueltos, tanto de los cuerpos de línea como de los de milicias que han emigrado, i se hallan en esta ciudad, que realizada se acompañará con los pies de lista de la fuerza existente comprendida en el presente estado.

Llegan a cada momento una porcion de emigrados del ejército i particulares.

(3) Todo esto consta de la representacion que elevó Jordan al supremo director, para quejarse del agravio que se le habia inferido.

ciudad un lance funesto que comprometió todavía mas la crítica posicion de los tres hermanos. Hemos hablado ántes de las dos comisiones compuestas la una de Mackena, Irigarri i Vargas, i la otra de don Luis Carrera i Benavente, que a cortos intervalos enviaron las dos facciones en que estaban divididos los emigrados a defender sus encontrados intereses al lado del gobierno central. Mackena i los Carreras se aborrecian de muerte. Al principiar su vida pública la mas estrecha union habia existido entre el primero i don José Miguel; ambos se habian manifestado una estimacion sincera, i habia reinado entre ellos una intimidad, como se encuentra rara vez aun entre camaradas de colejio. Despues, la desconformidad de miras políticas los habia separado, habia enfriado su afecto i al fin los habia convertido en enemigos implacables. No hai resentimientos mas profundos, que los que suceden a la amistad. Durante toda la campaña contra los españoles, se habian inferido recíprocamente grandes ofensas, i se habian prodigado una multitud de esas injurias, que se mirarian como insignificantes, si se consideraran a sangre fria; pero que abultadas por la prevencion parecen desmedidas.

Cuando los Carreras estaban perseguidos bajo la administracion Lastra, Mackena habia firmado contra ellos un informe que comprende desde su aparicion en la revolucion hasta su prision en Chillan, i que ha quedado como la acusacion mas fulminante, que se les haya levantado. A su turno los Carreras, cuando se apoderaron del mando a consecuencia del movimiento de Julio, le confinaron con otros a Mendoza. Allí Mackena, que habia sabido atraerse las atenciones del gobernador, contribuyó en gran parte a desbaratar los planes de sus rivales, i a que en vez de ser favorecidos, se les persiguiese. Era un anciano jeneralmente respetado; de una austeridad de costumbres ejemplar; reunia a la rijidez del veterano, que se ha habituado a cumplir al pié de la letra la ordenanza, la devocion fervorosa del católico irlandés, nacion a que pertenecia, que observa rigurosamente los mandamientos de Dios. Su valor estaba probado; ántes de venir a Chile, habia servido en los ejércitos de España, tanto en la Peninsula, como en Africa. Aunque el empleo de cuartel-maestre que desempeñaba, le habria permitido abstenerse de entrar en la batalla, nunca habia podido permanecer simple espectador, i voluntariamente habia casi siempre solicitado de sus jefes comisiones arriesgadas. (6) Su cabeza estaba cubierta de canas; pero bajo ellas ocultaba la petulancia de un jóven. A despecho de los años la sangre circulaba lijera por sus venas, i el corazon le latia aprisa. Esa exaltacion de carácter hacia que sus pasiones fuesen en extremo impetuosas; no sabia ni amar ni aborrecer a medias. Su odio contra los Carreras era ingobernable, salvaba todas las barreras. Era su enemigo a cara descubierta, sin hipocresia. Nada le impedía espresar delante de todo el mundo crudamente i sin ambages, lo que pensaba acerca de ellos.

Quien se halla penetrado del orgullo, de la fogosidad, del arrojo que sus tres adversarios habian recibido en patrimonio de la naturaleza, ese comprenderá la impresion terrible que debian causarles las injurias de un hombre de la categoria de don Juan Mackena. Si él los odiaba, ellos tambien le odiaban. Si él los insultaba i los ofendia, ellos tambien le insultaban i le ofendian. Ninguno de los cuatro estaba amasado para contentarse con zaherir desde léjos a sus contrarios, i limitarse como mujeres a hacer una guerra de palabras. Dos veces habian intentado darse razon con las armas en la mano. Primeramente en Talca, Mackena i don Luis se habian desafiado; pero no sabemos cómo la autoridad habia sido advertida, i el duelo no habia podido llevarse a cabo. Despues en Mendoza, don Juan José i Mackena habian resuelto tambien terminar la cuestion como militares de honor; habian concurrido con

(6) Así aparece de su hoja de servicios i de un certificado del marques de la Romana que originales tenemos a la vista.

este objeto a la cañada; habian alcanzado aun a dispararse un tiro, i como ninguno hubiese recibido lesion, estaban cargando de nuevo sus pistolas, cuando llegó apresuradamente al frente de una partida el ayudante don Domingo Artcaga que venia a intimarles en nombre del jeneral en jefe que o se separaran sintardanza, o marcharan arrestados. Sabedor don José Miguel del negocio, habia pensado que cualquiera que fuese su resultado embrollaria todavia mas sus relaciones con San Martín, i habia procurado impedirlo a toda costa. (7)

A los pocos dias salió Mackena para Buenos-Aires con sus compañeros; don Luis con el suyo, le siguió de cerca, segun queda dicho. En cada posada, en cada posta recojia este último las voces ofensivas a su familia, que habian ido esparciendo los que le precedian. En todas partes oia que los habian pintado como forajidos, traidores, asesinos; que atribuian a don José Miguel la pérdida de Chile, el desastre de Rancagua; que le echaban en cara haber abandonado cobardemente a los patriotas. Figúraos que los resentimientos del viajero eran de antigua data, i que a cada paso su amor propio recibia una nueva herida ¡i qué herida! una sola habria bastado para convertir en enemigos irreconciliables a dos hombres que se hubieran amado, i entónces podreis calcular la medida de su furor.

Llegado a la capital don Luis fué casualmente a alojarse en una fonda, calle de por medio, con la que ocupaba Mackena. En la ciudad fué peor que en el camino. Las rencillas de los chilenos servian naturalmente de conversacion en las tertulias. A cada momento le llegaban a don Luis mil cuentos, mil chismes. En todas las casas donde visitaba, le pedian esplicaciones sobre lo que relativamente a su persona i la de sus hermanos propagaban sus contrarios. Esas habillitas que mancillaban la reputacion de su familia, comentadas por los comadreros de un pueblo extraño, al cual venia a pedir proteccion, atizaban su rabia, aguijoneaban su deseo de venganza, i le ponian fuera de sí. No era, puede decirse, un sentimiento puramente personal el que le estimulaba; sus motivos tenian algo de mas jeneroso, de mas desprendido. De los tres Carreras, don Luis era el que ménos animosidades habia suscitado. Al contrario, todos por lo jeneral le amaban; sus camaradas por su jovialidad, los soldados por su valor, las mujeres por su belleza i su elegancia. Era un mozo apuesto i cortes, de sangre lijera, de un corazon caballeroso, que se hacia querer tan luego como se le conocia. Uno de sus adversarios políticos nos ha confesado con toda nobleza que era un valiente cuya mano se estrechaba siempre con gusto, i uno de sus compañeros de armas ha escrito que su cabeza erguida, sobresaliendo entre las filas, era el pendon que seguian durante el combate. Así murmuraban contra sus hermanos, reservaban para ellos todo el veneno, toda la biel; a don Luis le consideraban, iban aun hasta ensalzarle por abatir a los otros dos. Contaban que en la accion de Rancagua, cuando la tercera division tuvo que retirarse, habia roto su espada, exasperado al ver que no se le dejaba abrir por entre las trincheras i batallones enemigos un pasaje a los sitiados. El hecho es falso; pero es cierto que lo referian. Sin embargo, estos lenitivos no le enfriaban, estas excepciones en su favor no le calmaban. Una injuria inferida a don José Miguel le dolia mas que si él la hubiera recibido. Le profesaba un tierno afecto de hermano, i le respetaba como al mas ilustre representante de su apellido, como al sostenedor de su casa. Encaraba, pues, el negocio no enteramente bajo el punto de vista egoista, sino como una mancha que se intentaba arrojar sobre su familia, sobre el nombre que llevaba. Exijir una satisfaccion era a su juicio un deber sagrado, que le correspondia cumplir, porque se llamaba Carrera.

Por desgracia las cosas habian llegado a un estremo, que no se les divisaba otra solucion que un duelo. Fué esta la resolucion que adoptó don Luis, i en su confor-

(7) Conversacion con don Juan de Dios Ureta.

midad escribió a Mackena la siguiente esquela: «Noviembre 20. V. ha insultado el honor de mi familia i el mio con suposiciones falsas i embusteras; i si V. lo tiene, me ha de dar satisfaccion, desdiciéndose en una concurrencia pública de cuanto V. ha hablado, o con las armas de la clase que V. quiera i en el lugar que le parezca.—No sea señor de Mackena que un accidente tan raro como el de Talca, haga que se descubra esta esquela.—Con el portador espera la contestacion de V.-L. C.»

La fonda en que vivia don Luis pertenecía a un norte-americano Mr. Taylor, comandante de un queche de guerra argentino; se interesaba en extremo por su huésped, que le habia sido muy recomendado por Mr. Poinsset, aquel íntimo amigo i consejero de los Carreras, primer cónsul de la Confederacion en Chile. Este consintió en encargarse de la carta, i fué a llevarla en persona. La respuesta de Mackena no se hizo aguardar. Hela aquí: «Noviembre 20. La verdad siempre sostendré, i siempre he sostenido; demasiado honor he hecho a V. i a su familia, i si V. quiere portarse como hombre, pruebe tener este asunto con mas sijilo que el de Talca i el de Mendoza. Fijo a V. el lugar i hora para mañana a la noche; i en esta de ahora podria decidirse, si me viera V. con tiempo para tener pronto pólvora, balas i un amigo, que aviso a V. llevo conmigo. De V.-M.»

A las siete de la noche del siguiente dia don Luis acompañado de Mr. Taylor, a quien habia elegido por padrino, se dirijió al bajo de la Residencia, uno de los arrabales mas solitarios de la capital del Plata, i encontró allí aguardándole a don Juan Mackena junto con don Pablo Vargas. La calle estaba desierta. A mas de los cuatro actores indispensables en el desafio, solo iba a presenciario el cirujano don Carlos Hanford, a quien se habia llamado en la prevision de una desgracia. Los contendores se saludaron con cortesía. Carrera sacó un par de pistolas, i se las pasó a los testigos. Estos las examinaron con cuidado, i despues las cargaron. Concluida esta operacion se las presentaron a Mackena, quien escujo la que mejor le pareció; don Luis tomó la otra. Colocados en seguida a una distancia de doce pasos, dispararon al mismo tiempo. La bala de Carrera no tocó siquiera el cuerpo de Mackena; pero la de este atravesó el sombrero a su adversario. Taylor se interpuso entónces; dijo que se habian portado como hombres de honor, que debian darse por satisfechos i buscar cómo avenirse. Don Luis contestó que estaba pronto a una reconciliacion, siempre que su contrario consintiese en retractarse en una concurrencia pública de todas las palabras con que habia atacado su reputacion. Apénas le dejó concluir Mackena. Las pretensiones de su rival habian avivado su rabia de solo oirlas. «No me desdeciré nunca, gritó, i antes de hacerlo me batiré todo un dia.» «I yo me batiré dos,» replicó don Luis, volviéndole baldon por baldon. Ni uno ni otro quiso escuchar una sola razon mas; se les habian hecho largos los minutos gastados en la interrupcion, i exijieron de los testigos que se apresuraran a cargar las armas otra vez. En esta ocasion fueron las pistolas de Mackena las que se emplearon, i fué a Carrera a quien le tocó elejir. Los dos tornaron a colocarse frente a frente, en la misma posicion en que ántes se habian apostado. Dada la señal, salieron los dos tiros, i Mackena midió con su cuerpo la tierra; la bala de su adversario le habia hecho pedazos el guardamonte de su pistola, le habia quebrado un dedo i le habia roto de rebote las arterias de la garganta. Fué inútil la asistencia del cirujano, i vanos todos los socorros con que se intentó volverle a la vida. (9)

Don Luis habia quedado ileso i estaba vengado. Pero talvez le habria sido mejor morir. Si en aquel momento hubiera conocido el porvenir que le estaba reservado

(9) Don Manuel Gandarillas, refiriéndose al testimonio oral de Vargas, testimonio que segun parece no sabia de la propia boca del testigo, ha contado en el Araucano de diverso modo este suceso; pero nosotros hemos preferido guiarnos por una relacion escrita de puño i letra de Mr. Taylor, en que asegura bajo su palabra de honor ser verdad cuanto se ha leído.

¿quién sabe si habría envidiado la suerte de su rival? Solo iba a sobrevivirle cuatro años, i cuatro años que no serian para él mas que una serie de infortunios i de dolores. En ese corto período de tiempo le aguardaban los sinsabores de la pobreza, los rigores de la persecucion, las ansiedades del proscrito, el triunfo de sus enemigos, la ruina de su familia, la pérdida de sus esperanzas, el desvanecimiento de sus ilusiones, el destierro, los calabozos, el cadalso.

Al dia siguiente los transeantes descubrieron el cadáver de Mackena, i fué espuesto segun costumbre en el pórtico de la cárcel. Sus amigos le reconocieron, i a las pocas horas no se hablaba en la ciudad, sino del duelo i de su triste desenlace. La muerte de un personaje de tanta importancia, cuyo nombre estaba ligado al recuerdo de victorias brillantes, obtenidas contra los españoles en las campañas de Chile, debia naturalmente llamar la atencion de los habitantes de Buenos-Aires. Mas el ruido excitado por este infausto acontecimiento dimanó no solo de la categoria de la víctima; el espíritu de partido lo explotó para proveerse de armas contra los Carreras. Los que tenian interes en perder a estos tres jóvenes, se pusieron a esparcir que no habia perecido en un desafio leal, sino que habia sido cobardemente asesinado. Acomodaron a su antojo, i con ese descaro que da la seguridad casi plena de no ser desmentido, un hecho que solo tres personas habian presenciado. Suponian accidentes que no se habian verificado. Forjaban un cuento inverosímil, pero que alagaba sus pasiones, en lugar de una realidad que, aunque por cierto mui lamentable, no deshonoraba a nadie. Publicaban de voz en cuello los unos que el malogrado Mackena habia sido muerto por una bala partida en cuatro pedazos i atada con seda; los otros que le habian disparado por la espalda; i otros todavia que le habian ultimado despues de herido, i cuando yacia en el suelo sin poder valerse. Se conoce la aficion del pueblo a todo lo extraordinario, sea un crimen, sea una virtud, i asi no se estrañará que estuviera pronto a prestar oidos, mas bien que a la verdad, a esas calumnias que proporcionaban alimento a su imaginacion.

Los perseguidores encarnizados de don Luis necesitaban imprimir esta direccion a la opinion pública, para llegar a saciar la tirria que contra él abrigaban. Las leyes españolas que rejian en las Provincias Unidas, como en las demas colonias, castigan con la pena de muerte a los duelistas i sus testigos; pero estas leyes estaban abolidas por las ideas dominantes en una época en que casi todos ceñian espada, i no recurrían a otro juez para dirimir sus querellas. Una simpatia jeneral habria seguido hasta su prision a aquel que hubiera sido encarcelado solo por haberse desafiado, i la sociedad sin duda habria revocado la sentencia que en un juicio de esta clase hubiera pronunciado un majistrado con la mano sobre el código. Para molestar con éxito a don Luis era preciso acusarle, no de un lance de honor, sino de una felonía. Fué esa la determinacion que adoptaron sus contrarios. Pudieron hacerlo sin dificultad, porque estaban ciertos de que ningun testimonio se alzaria a contradecirlos. Los padrinos i el cirujano, únicas personas capaces de aclarar los hechos, se habian ocultado, temiendo tener que sufrir alguna incomodidad por su intervencion en aquel funesto negocio. Carrera, aunque habia tenido tiempo para escapar, se habia quedado en su casa. Los amigos de Mackena solicitaron su aprehension, i le denunciaron como asesino.

El pobre preso soportó que en los escritos en que se le demandaba a la justicia, se trazara su vida pasada con los mas negros colores, i se tratara a él i sus hermanos, como a facinerosos de la última especie. Vió consignadas en el papel esas mismas injurias que le habian obligado a recurrir a las armas, i a su despecho tuvo que escucharlas mas venenosas todavia que ántes, desde el fondo de un calabozo, cuando se hallaba en la impotencia de tapar la boca a los que las pronunciaban. No tenia a quien volver los ojos; se encontraba desvalido i sin amparo, en un pais extranjero,

cuyo gobierno se habia decidido por sus acusadores. El director supremo habia llevado su irritacion hasta pretender degradar de sus insignias militares a un oficial que pertenecia a otra nacion. Habria cumplido aun ese atentado escandaloso, sino hubiera habido entre sus allegados uno que le hizo conocer lo irregular de semejante conducta, i le espresó con toda franqueza que mandara ahorcar a don Luis si se le antojaba, pero que se abstuviera de arrancar unas charreteras que él no habia colocado sobre sus hombros.

En tan tristes circunstancias llegó don José Miguel a Buenos-Aires; Posadas le recibió con frialdad, i cuando tenia que ajenciar la libertad de su hermano, le costó trabajo el no ser encarcelado él mismo. Sin embargo hizo cuantas diligencias estuvieron en su poder, recojió las declaraciones de los testigos, se proporcionó todos los datos, todos los documentos que manifestaban la inocencia del acusado. Trabajó por salvarle contra viento i marea. Todos sus pasos fueron al principio inútiles; todos sus esfuerzos quedaron frustrados. Al fin, aprovechándose del advenimiento al gobierno de don Carlos María Alvear, jóven jeneral que acababa de ilustrarse con la toma de Montevideo, i que sucedió en el mando a su pariente Posadas, pudo lograr que las puertas de la prision se abriesen para don Luis.

El nuevo director heredó en parte las antipatías de su antecesor contra los Carreras. Le rodeaban varios individuos que no les tenian mui buena voluntad, entre otros Balcarce i don Juan Florencio Terrada, íntimo amigo de O'Higgins, a quien este habia conocido desde Europa. Movidó Alvear por las influencias de estos personajes decretó del dia a la noche, i sin que hubiera ocurrido ningun accidente que lo justificara, la confinacion de los tres Carreras a Santa Fe. Pero don José Miguel que le habia tratado en España, donde habian servido en el mismo ejército, con motivo de una representacion que le dirijió contra una tropelia de esta naturaleza, volvió a andar sus relaciones con él, costándole mucho desimpresionarle de la mala opinion que acerca de su persona le habian hecho formar. Entre los dos habia ademas un vínculo comun, que los estimulaba a unirse, el odio a San Martin; así es que no tardaron en estrechar su amistad. Alvear, jeneral de veinte i cuatro años, el mas jóven de sus colégas, ambicioso de gloria, aborrecia al gobernador de Cuyo que podia arrebatarle las ocasiones de distinguirse. La mala voluntad que Carrera profesaba a San Martin, era un motivo poderoso, para que le estimara. Los celos que dominaban a Alvear eran tan violentos, que cuando se trataba de abatir a su rival le abandonaba hasta la prudencia. No podia soportar que ocupase un punto tan importante como Mendoza, que debia servir de base a las operaciones militares de la restauracion de Chile, i sin reparar en la gran popularidad que le sostenia en aquel empleo, fué hasta intentar sustituirle en el mando de la provincia por un señor Pedriell, hombre oscuro i sin antecedentes. Esta caprichosa disposicion se estrelló contra la opinion pública que resistió enérgicamente su ejecucion, i no hizo mas que poner al descubierto la impotencia en que se hallaba el director para voltear a su enemigo. El pueblo i las tropas que idolatraban a San Martin, se reunieron al instante en un cabildo abierto, manifestaron su descontento por semejante medida, i elevaron una peticion para que se le conservase en el destino que tan satisfactoriamente desempeñaba. El gobierno central, cuya autoridad en aquella época era poco fuerte, reconoció despues de una demostracion tan poco equívoca, que seria una temeridad persistir en su resolucion. Alvear tuvo, pues, que pasar por la confusion de volver sobre sus pasos; de modo que este incidente no produjo otro efecto que envenenar las antipatias de los dos émulos.

Estas desavenencias, como lo hemos indicado arriba, aprovecharon hasta cierto punto a Carrera. Alvear por odio a su competidor se manifestó dispuesto a escucharle, i a ayudarle en sus empresas. Don José Miguel hizo cuanto pudo para que estos ofrecimientos no se quedaran en buenos deseos, i se convirtieran en obras. Le pre-

sentó planes de invasion, le esplicó sus ideas en prolivos memoriales i procuró hacerle comprender que las Provincias Unidas estaban interesadas en la restauracion de Chile no solo para probar su jenerosidad i adquirir gloria, sino tambien por utilidad propia. Solo le pedia 500 arjentinos, armas i demas auxilios indispensables. Estaba séguro, decia, que los emigrados en doble número se agregarian a la espedicion. Estas fuerzas le bastarian para dejarse caer sobre Coquimbo, i hacer en seguida la guerra de partidarios, miéntras el pueblo, i en particular los campesinos, animados por este socorro, se levantaban en masa contra sus opresores. (10)

El director parecia oírle con complacencia, pero no pasaba de meras palabras. Le exhortaba a perseverar, mas no le proporcionaba ni los soldados ni el dinero que solicitaba. Es cierto que por favorable al proyecto que fuese su ánimo, no se hallaba en circunstancias de atender a su realizacion. No se sentia mui firme que digamos en su silla presidencial, i ántes de pensar en salvar a los demas, tenia que ver como sostenerse el mismo. Un descontento sordo jermínaba contra su administracion. Se tachaba su conducta de despótica i arbitraria; se le acusaba de ser el primer mandatario supremo, que despues de la fundacion de la república se rodease de un fausto, que sobrepujaba talvez al de los mismos virreyes. Los altivos porteños le veian con disgusto pasearse por la ciudad rodeado de numerosa escolta, como si fuera un monarca, i soportaban de mala gana que hiciera aguardar largas horas en sus antecámaras a los que pedian audiencia. Alvear no ignoraba las prevenciones que suscitaba; pero acariciaba a las jentes de espada, i se lisonjeaba de poder dominar la crisis con el apoyo de sus fuertes brazos. Mas la parcialidad que descubria para con los militares, la prodigalidad con que repartia los grados, lójos de favorecerle, le enajenaban cada vez mas i mas las simpatias de sus compatriotas. Era ya un refrán popular, que todo teniente que se le acercaba, se retiraba de capitán, i todo mayor, de coronel.

El presidente escuchaba los murmullos sin inquietarse tanto como debiera. Confiaba para acallar la oposicion en un brillante ejército de 6000 hombres, perfectamente equipado a la europea, como nunca se habia visto otro en el pais, que mantenía acampado en los Olivos a corta distancia de Buenos-Aires. Ignoraba que sus enemigos contaban con una milicia de otra especie, que no estaba armada con fusiles ni con cañones; pero que sabia arrebatárselos a sus contrarios, i volver los soldados contra los que se habian tomado el trabajo de disciplinarlos. Las sociedades secretas, en que ejercia grande influjo San Martín i su partido, socababan a la sordina el prestigio del director. Se movian con misterio i andaban en la sombra; pero los resultados de sus tareas eran incalculables i de una rapidez asombrosa. Alvear habia percibido en el horizonte signos preságos de la tempestad; mas la consideraba todavia remota i fácil de conjurar. Se engañó como un niño. De repente estalló en la capital del Plata una furiosa revolucion. El pueblo levantó barricadas, i suspendiendo sus ocupaciones, permaneció por tres dias pronto a oponer la fuerza a la fuerza, si con bayonetas intentaba contrarrestar su voluntad. Fué precisamente el cabildo, quien se puso a la cabeza del movimiento. No le quedó al director otro refugio que el campamento de los Olivos, i mui luego este mismo dejó de ser seguro. Don Ignacio Alvarez, que comandaba una parte de las tropas, fraternizó con los revolucionarios i se puso en actitud hostil contra su jeneral. No habia ya como resistir, i Alvear para escapar tuvo que ir a buscar un asilo a un pais extranjero.

Era tal la animosidad de ciertas personas contra los Carreras, que se valieron para

(10) Hemos tenido a la vista uno de los memoriales presentados por Carrera a Alvear.

molestarlos hasta de estos acontecimientos, en los cuales no podían ser otra cosa que simples espectadores. Entre las prisiones que se ejecutaron en Buenos-Aires, se contó la suya, i no se contentaron con meterlos en un calabozo, sino que les remacharon a cada uno una barra de grillos. ¿Por qué este cruel tratamiento? ¿Había alguna solidaridad entre estos tres extranjeros i el ex-director? Ninguna. No habían mediado entre ellos otras relaciones, que las que dejamos referidas, para ver si podían arreglar una expedición restauradora, que libertase a Chile de la dominación española. ¿Cuál fué entonces el motivo del arresto de los tres Carreras? Una equivocación del oficial encargado de las prisiones, que no entendió bien las órdenes que se le impartieron, dice el oficio en que se les dió una satisfacción al ponerlos en libertad; pero nosotros, para quienes esa explicación es muy sospechosa i poco clara, casi estaríamos tentados a responder, el odio. (11)

A pesar de la mala disposición a su respecto que esta tropelía debía hacerle presumir, don José Miguel no desesperó, i continuó sus solicitudes al lado del coronel don Ignacio Alvarez, que había sido elegido director interino. Volvió a presentarle desarrollado i comentado el plan que había propuesto a su antecesor, ofreció otra vez sus servicios i los de sus compañeros; pero el jefe del estado se redujo por toda contestación a darle las gracias por el empeño que manifestaba en favor de la causa americana, i a disculparse de no tomar una resolución, que aplazaba para mejores tiempos, con la situación apurada en que se hallaba la república. (12) Don José Miguel comprendió entonces que no tenía nada que aguardar del gobierno argentino, que sería inútil su insistencia, i desatendidas todas sus súplicas.

Agobiado por tantos contrastes, desanimado por tantas decepciones, cualquiera otro habría desesperado, se habría creído bajo el imperio de una fatalidad inexorable i se habría abatido bajo los golpes de la desgracia. El permaneció inquebrantable i resuelto a continuar la lucha contra todos los obstáculos que se levantaban en su camino. Chile se había perdido en sus manos, i estaba decidido a sacrificar su vida i cuanto es caro al hombre, por reconquistar sus derechos atropellados i afianzar su independencia. Estaba dotado de una rara fuerza de voluntad; nunca acobardaba en sus empresas por difíciles i arriesgadas que pareciesen; no había embarazos que no se considerase capaz de superar; jamás los mas graves inconvenientes le hacían desistir de lo que había determinado. Cuando la respuesta categórica del director le hizo entender que de Buenos-Aires no sacaría el ejército que necesitaba, se puso a meditar en los medios de encontrarlo en otra parte. El pueblo que mas había amado después de su patria, eran los Estados-Unidos. Pensó que en esa nación de sus simpatías podría talvez proporcionarse los auxilios que le eran indispensables, para que la bandera tricolor flamease de nuevo en su suelo natal. Tan luego como se le ocurrió esta idea, trató de realizarla sin demora. No hizo vacilar un momento su resolución ni la escasez de sus recursos pecuniarios, ni el abandono en que

(11) «Una mala inteligencia del oficial encargado, al recibir las órdenes para el arresto de algunas personas, causó el de V. S. S. sin que haya habido causa para ello. Esta manifestación les servirá de satisfacción, i de no haber desmerecido la reputación buena de V. S. S. Dios guarde etc. Sala Capitular de Buenos-Aires Abril 19 de 1815.—Francisco Antonio de Escalada—SS. Brigadieres i coronel don José Miguel, don Juan José i don Luis Carrera.»

(12) «Me ha llenado de satisfacción el patriótico celo con que V. S. empeña sus luces en la meditación de los medios que han de fijar el destino de la América del Sur, en cuya consecuencia ha presentado con fecha 8 del que rije un juicioso plan relativo a la libertad del estado de Chile, cuya suerte mira este gobierno con igual interés que la de estas Provincias. He examinado con toda la detención que exige proyecto tan importante, i sin embargo de que en él resultan las oportunas reflexiones en que se funda, he tenido por conveniente no deliberar por ahora en la materia hasta que se reciban nuevas noticias de la expedición peninsular, e instruido de ellas pueda fijarse el plan de operaciones militares, según el suceso de las del ejército del Perú, que por momentos se espera. Doi a V. S. las gracias igualmente que a la valiente oficialidad que ofrece sus servicios en la empresa, i me lisonjeo que la ulterior conducta de este gobierno acreditará cuanto interesa su atención la suerte futura del desgraciado Chile. Dios guarde etc. Buenos-Aires Mayo 11 de 1815.—Ignacio Alvarez—Por ausencia del secretario Tomas Guido—Señor Brigadier don José Miguel de Carrera.»

iba a dejar a una esposa joven i bella, ni el desamparo en que quedaban sus hijos, niños que dormían todavía en la cuna. A toda prisa reunió cuanto dinero poseía, lo pidió prestado a sus amigos, empeñó las alhajas de su mujer, encomendó su familia a la proteccion de la Providencia i se dió a la vela, no llevando consigo para asalariar soldados, para comprar buques, armas i pertrechos mas que 593 marcos de plata en barra i 12,500 pesos (13) Nada mas que con esta cantidad, que habia reunido a costa de mil sacrificios, se embarcó para Norte-América, i sin embargo iba en la firme persuacion de traer consigo una expedicion que espulsase para siempre de Chile a los españoles. ¿Cuál era la razon de esas halagüeñas esperanzas? ¿Cómo se imaginaba obtener de un pueblo lejano, de diferentes creencias i antecedentes, lo que no habia podido alcanzar entre nuestros vecinos que estaban interesados en el triunfo de nuestra causa que era la suya, i a los cuales ligaba con los chilenos la comunidad de raza i de orijen? Contaba probablemente con su jenio i su constancia. Los hechos probaron que su fé en si mismo no era una vana presuncion. A los catorce meses volvía a cruzar el océano, trayendo consigo «una respetable escuadrilla, abundancia de toda clase de armas, un jeneral i oficiales de acreditado mérito, municiones de guerra, hábiles artistas, imprenta, instrumentos para la fábrica de armas i trabajos de guerra, oficiales inferiores para la instruccion de las tropas, i cuanto podia contribuir a la salvacion del pais i a su seguridad futura, dejando entabladas relaciones de grande importancia a los intereses de la independendencia jeneral de Sud-América» Si esta expedicion no realizó el objeto deseado, no fué ciertamente por culpa suya.

Precisamente al mismo tiempo en que Carrera surcaba el Atlántico para ir a buscar elementos con que socorrer a su patria, San Martín comenzaba a organizar en Mendoza bajo la proteccion del director, un ejército para expedicionar sobre Chile. Era este un pensamiento que meditaba aun desde ántes de la emigracion, no porque hubiese adivinado a punto fijo los sucesos tales como se verificaron, sino porque habia concebido que para derrocar el poder español, se necesitaba destruir en Lima el centro de sus recursos, i que pasar por Chile era un camino mas corto i mas fácil para dirigirse a aquella ciudad, que el que se habia seguido hasta entónces por el Alto Perú. Esta idea, entre varios otros motivos, le impulsó a abandonar la direccion del ejército del Tucuman, en que habia sucedido al jeneral Belgrano, pretestando el mal estado de su salud, i a solicitar que se le confiase la provincia de Mendoza, insignificante a los ojos del vulgo, pero cuya posicion al pié de los Andes la hacia para él de un precio inestimable, debiendo servir de base a la realizacion de su plan. La ocupacion de Chile por los españoles aumentó las dificultades del proyecto, si bien hacia el triunfo mas glorioso. Antes solo las nieves de la cordillera estorbaban su pasaje, i ahora esa misma cordillera servia de antemural a soldados enemigos que habia que derrotar. Su rivalidad con Alvear casi desvaneciò sus esperanzas, i por persistir en su empeño se vió forzado, como queda dicho, a atizar la revolucion que precipitó a su émulo. Cuando el triunfo de sus amigos en Buenos-Aires hubo quitado del medio aquel obstáculo, i cuando la activa co-operacion del director interino Alvarez comenzaba a allanarle todas las dificultades, supo de repente con inquietud que el congreso jeneral de las Provincias Argentinas, reunido en el Tucuman con el objeto de nombrar en propiedad el majistrado supremo i de organizar el estado, se habia fijado en don Juan Martín Pueyrredon. Era este un caballero que se sabia fuertemente prevenido contra la expedi-

(13) Que esta fué la única cantidad que llevó consigo, consta de una representacion que elevó don José Miguel al gobierno supremo de Buenos-Aires para que se le exonerase del pago de los fuertes derechos que gravaban la esportacion del dinero.

cion de Chile, i era mas que probable que con su elevacion al poder el proyecto fracasara.

Cualquiera otro de temple ménos firme que San Martin, se habria desanimado. Levantar un ejérito en aquellas circunstancias, cuando la guerra esterior i las disensiones intestinas tenian estenuada a la nacion, era ya por si sola una empresa harto ardua i difícil, para que nadie se lisonjeara de darle cima a despecho i contra la voluntad del jefe de la república. Sin embargo San Martin no se resolvió a abandonar la partida; ántes buscó como vencer las presuntas resistencias del nuevo director, i como obligarle a conformarse con sus miras. Estas pretensiones que se habrian estimado ridiculas i disparatadas en un hombre vulgar, habrian parecido serias i fundadas a quien quiera que conociese la sagacidad extraordinaria del gobernador de Cuyo, la fertilidad de su ingenio i la rapidéz de sus concepciones. Como el jeneral de Maquiavelo, tenia algo del zorro i algo del leon. Si se mostraba valiente en el campo de batalla, las combinaciones a que se entregaba en su gabinete le habrian atraído la admiracion de los mas consumados diplomáticos. Gustaba aun por sistema de emplear los amaños, las intrigas, las maquinaciones subterráneas, ántes de recurrir a las armas para acabar de arruinar a sus adversarios. La continuacion de nuestra narracion suministrará mas de una prueba de lo que asentamos.

Conocidos estos antecedentes, nadie estrañará por cierto que San Martin no se desconcertara al recibir la fatal noticia de aquel nombramiento que amenazaba desvanecer como el humo sus doradas esperanzas, desbaratar todos sus planes, anular sus talentos, dejarle confundido quién sabe por cuanto tiempo mas en la categoría de los gobernadores de provincia. En un instante calculó lo que tenia que hacer. Tan rápido en ejecutar como en concebir, se puso inmediatamente a la obra. Con toda presteza hizo salir para Buenos-Aires a uno de sus ayudantes, que gozaba de toda su confianza. Este agente llevaba el encargo de entenderse con el gobierno central, que componian entónces amigos fieles i adictos a San Martin; debia con el acuerdo i el permiso de las autoridades, que consideraba seguros, apoderarse de todos los pertrechos de guerra que encontrase en la capital, i remitírselos a Mendoza a la mayor brevedad. Lo que importaba sobre todo, i lo que particularmente recomendó al emisario, era la prisa. Los pertrechos debian ponerse en marcha i quedar fuera del alcance del director supremo, ántes de que este tuviera tiempo para detenerlos. Con esto se proponia San Martin asegurarse de todos los recursos que Buenos-Aires podia proporcionarle. Sabia que una vez bajo su mano, no era fácil arrancárselos. En cuanto al consentimiento de Pueirredon creia tener medios de hacerle mas tratable. Tras de su ayudante, i con pocos dias de diferencia, partió él mismo a toda carrera con direccion hacia Córdoba. En el camino le salió al encuentro su emisario; habia cumplido punto por punto con sus instrucciones; venia a anunciarle que el cargamento se habia internado ya en la pampa, i a traerle ciertos avisos de los amigos de la capital, que quedaron un secreto entre los dos. San Martin se impuso de todo, i sin descansar continuó su viaje.

A poco de haber llegado a Córdoba, hizo tambien su entrada en la ciudad don Juan Martin Pueirredon, que se encaminaba a Buenos-Aires a recibirse del mando. Desde la cinco de la tarde hasta la una de la noche, el presidente i el jeneral tuvieron una larga conferencia. Sin duda fué sobre la espedicion de Chile, porque desde entónces el nuevo director se manifestó mui favorable al proyecto i cambió completamente de ideas a este respecto. Cuentan que uno de los principales argumentos que empleó San Martin para convencerle fué asegurarle que si no se convenian, corria mucho riesgo de ser asesinado, ántes de alcanzar a la posta vecina.

Tan luego como quedaron acordes, se separaron, dirijiéndose el uno a la capital a gobernar el estado, i el otro a Mendoza a organizar el ejército.

La aprobacion del supremo director a la expedicion de Chile casi no importaba mas que la licencia concedida a San Martín de promoverla i levantarla, si para ello le alcanzaban las fuerzas. Buenos-Aires, agobiado por la larga i costosa lucha que sostenia en el Alto-Perú, sin erario público, despedazado por las facciones civiles, sobresaltado por la alarmante noticia de que en la Peninsula se estaba disponiendo un poderoso ejército para venir a ahogar en su seno los jérmenes de la insurreccion, no podia proporcionarle la multitud de elementos que aquel grandioso proyecto exijia. San Martín no lo ignoraba; asi siempre habia calculado con que tendria que sacarlo todo de las tres provincias de Mendoza, San Juan i San Luis. Mas la dificultad del problema no estaba en saber de dónde se sacarian los recursos, sino cómo se sacarian. Aquellas tres comarcas eran pobres, escasas de poblacion como el resto de la América; el espíritu público era desconocido entre sus habitantes; no los animaba un grande entusiasmo que los estimulase a hacer prodijios. Faltaba provision de armas, acopio de viveres, vestuarios i municiones; no habia soldados ni dinero; todo en una palabra estaba por crear. En tal aprieto San Martín no vaciló, como no vacilaba nunca, en estrujar a los moradores para formar el ejército que le era menester. Los trató sin compasion. Nadie se exceptuó; todos tuvieron que satisfacer su cuota, unos en plata, otros en trabajo. A los patriotas les impuso fuertes contribuciones, a los godos, como era natural, otras mas crecidas todavia. Obligó a los hacendados a cederle una parte de sus sementeras para alimentar a las tropas, i algunos de sus potreros para mantener los caballos; a las mujeres ricas i pobres, a coser la ropa de los soldados; a los artesanos a trabajar a racion i sin salario en los pertrechos de guerra. Declaró libres i obligados a alistarse a los esclavos de veinte a cuarenta años. Llamó a las armas a todos los que eran capaces de llevarlas; no se eximieron del alistamiento ni los hijos de las familias acomodadas, a los cuales colocó de sarjentos u oficiales. Esto duró dos años, i lo que tiene de extraño es, no que San Martín arrancase a aquellos habitantes el fruto de sus sudores, porque eso i mucho mas se ha visto en el mundo, sino que supiese arrancárselos sin descontentarlos, i aun granjeándose su aprecio; nunca se manifestó mejor el talento sagaz del gobernador, que en estas circunstancias. Siempre tenia a mano, cuando necesitaba conseguir algo, algun pretexto, alguna astucia que dulcificase su exigencia. Recurría a mil arbitrios injeniosos, a los mas diestros disimulos para no exasperar a los contribuidores. Con esta táctica despertó un entusiasmo jeneral, e hizo que todos se creyesen interesados en la empresa i la mirasen como cosa propia.

Compartíase el tiempo de San Martín en buscar del modo indicado medios para levantar i sustentar su ejército, i en atender a su disciplina. Era en este último punto mui delicado i riguroso. No le gustaba que tropas regladas se asemejasen a montoneras. Preferia tener soldados bien enseñados, aunque fuesen poco numerosos, a mandar hordas insubordinadas i mal disciplinadas. Quería dejar a la casualidad lo ménos que fuera posible, i por eso procuraba saber de antemano hasta que punto podia contar con su jente. Le agradaba dirijir una campaña científicamente, con plan, con combinaciones, i para eso necesitaba militares espertos, diestros en las maniobras, i que poseyesen no solo el valor, sino tambien, i mui principalmente, una educacion marcial. Con la mayor estrictez aplicaba esta teoria a la organizacion de su ejército. Los soldados tenian poco mas o ménos ocho horas de ejercicio todos los dias; muchas veces los disciplinaba hasta por la noche. No los dejaba un momento ociosos. Cuando no estaban ejercitándose, los empleaba en limpiar

las armas i en las demas faenas del servicio. De esta manera la disciplina de su ejército llegó a ser admirable.

A pesar de su tirantez i rigor, sus subalternos le amaban i respetaban. Los oficiales admiraban en él al veterano que se habia educado en las guerras de Europa, al guerrero valeroso que habia obtenido una mencion especial en el parte de la batalla de Bailen, al vencedor de San Lorenzo. Los soldados le perdonaban fácilmente las rudas fatigas que les hacia soportar por los desvelos paternales que le merecian. Frecuentemente hablaba con ellos, se informaba en persona de sus necesidades para remediarlas, manifestaba interes en cuanto les concernia. Dominaba a los jefes por la admiracion, a los inferiores por las muestras de un cariño que no descendia nunca a la induljencia. Así San Martin habia logrado hacerse estimar de los habitantes que esquilma, i del ejército que trataba con la mayor ríjidez. Hasta su cualidad de provinciano le favorecia en una época en que la capital inspiraba ya muchos zelos a las demas provincias argentinas. (14)

A los jefes i oficiales chilenos, con excepcion de los que eran partidarios mui exaltados de Carrera, los Hamó tambien a que cooperasen a la restauracion de su patria. Les encomendó la disciplina de algunos cuadros, o los empleó en otras varias comisiones de importancia. Entre estos merece un recuerdo especial por la actividad i destreza con que le segundó en sus arduas tareas, don José Ignacio Zenteno, simple paisano, a quien estaba reservado un brillante porvenir, aunque hasta entónces solo habia intervenido en la revolucion, asistiendo a los cabildos, o mezclándose a las pobladas. Cuando llegó a las Provincias Unidas, repugnándole ser gravoso a quien quiera que fuese, aun a los españoles, en cuyas casas habia alojado el gobernador a los emigrados, se proporcionó en la vecindad de la pampa una pequeña heredad que cultivaba con su propia mano. Habiendo sabido San Martin que era una persona instruida, fué a buscarle él mismo, i le nombró oficial de su secretaria, i poco despues su secretario. El jeneral encontró en Zenteno el hombre que necesitaba; de una paciencia férrea i de una laboriosidad incansable, le ayudó a dictar esa multitud de providencias que exige la formacion de un ejército, i a velar sobre su cumplimiento.

Los demas emigrados a quienes no se proporcionó ocupacion en Mendoza, sea por sus opiniones políticas, sea por cualquier otro motivo, fueron a establecerse en su mayor parte a Buenos-Aires, i bien pronto buscaron, quienes en la industria, quienes en una empresa arriesgada, los medios de subsistencia. Los unos bajo la direccion de don Manuel Gandarillas, jóven chileno que estaba llamado a representar un papel distinguido en los acontecimientos posteriores de su patria, i que manifestaba una aptitud asombrosa para las artes, fundaron una imprenta i una fábrica de naipes. Dos comerciantes chilenos, don Diego Barros i don Rafael Bilbao, i uno arjentino, el señor Arana, les suministraron jenerosamente los capitales necesarios. En ambos establecimientos se emplearon como operarios, olvidando sus preocupaciones aristocráticas, miembros de las familias mas encumbradas de nuestro pais. Mas de un coronel ganó entónces su pan, improvisándose cajista o recorriendo cartones, i esperó resignado que llegase el momento de volver a desenvainar la espada para lidiar en los combates. Es preciso decir en su alabanza que fueron tan hábiles artesanos, como habian sido valientes soldados. La imprenta llegó a ser la mejor, o mas bien, la única de Buenos-Aires, lo que le mereció la proteccion del gobierno, i el honor de dar a luz el periódico oficial. (15)

Otros emigrados se comprometieron con sus personas i sus miserables fortunas en

(14) Todos estos datos sobre la organizacion del ejército nos han sido suministrados por el jeneral arjentino Dehesa.

(15) Conversacion con don Diego Benavente.

un corso que por aquel tiempo se proyectó, para incomodar a los españoles. (16) Se hallaba entonces desocupado i fastidiado por su inaccion el conocido marino inglés Guillermo Brown, que acababa de asentar su reputacion de bizzarria i ciencia náutica, destruyendo dentro del mismo puerto de Montevideo, en donde flameaba a la sazón la bandera de la España, las fuerzas navales de esta nacion, aunque superiores en número a las suyas. Esta hazaña habia contribuido no poco a la toma de aquella plaza, i alcanzado una alta nombradía a su autor. Esta circunstancia movió sin duda a muchos emigrados chilenos, i a muchos de los aventureros extranjeros que habian acudido a la capital de las Provincias Argentinas, con la intencion de medrar a la sombra de la revolucion, a instar a Brown, para que consintiera en ponerse a su cabeza en una correria naval por el Pacifico. La expedicion debia proponerse un triple objeto, arruinar el comercio español en aquellos mares, libertar a los prisioneros de Juan Fernandez e intentar, si se podia, un desembarco en el puerto de Coquimbo, para que a favor de la diversion que este ataque ocasionaria en las tropas realistas San Martín atravesase con mas facilidad los Andes. Brown acogió la idea con ardor, i en compañía del clérigo Uribe, de un frances Buchard i de varios otros se puso sin pérdida de tiempo a tratar de realizarla. No les faltaron armadores que se prestasen a habilitarlos, lisonjeándose con sacar crecidos réditos de un corso que ponía entre los artículos de su programa, barrer con todas las embarcaciones españolas de la mar del sud. El gobierno mismo fomentó la empresa, abriéndoles sus arsenales para que se proveyesen de los pertrechos que les faltaran. Gracias a esta proteccion, pudieron poner en estado de darse a la vela las viejas i averiadas naves que habian adquirido. No eran estas mas de cuatro, a saber la fragata Negra o Hércules, montada por Guillermo Brown, el bergantín Trinidad, propiedad tambien del anterior i que dirigía su hermano, el queche Uribe, mandado por el italiano Barrios i equipado por el clérigo don Julian, que lo habia bautizado con su nombre, i la corbeta Halcon cuyo capitan i dueño era el frances Buchard. Sin embargo, si la escuadrilla no era numerosa ni muy bien acondicionada, estaba si tripulada por hombres que la creian mas que suficiente para que nadie les disputara el imperio del océano. Los jefes, marineros i jente de desembarco eran todos de lo mas selecto por su coraje. Aunque la expedición dejaba columbrar sus peligros no pequeños, como tambien prometia oro i ricas presas, si se portaban con denuedo, los voluntarios no habian escaseado, i los caudillos habian tenido buen cuidado de no admitir, sino a los que hubiesen dado sus pruebas. Los buques estaban carcomidos, pero las tripulaciones eran escojidas. Entre otros chilenos, iba como jefe de armas de la corbeta Halcon don Ramon Freire, que aunque era en la tierra, donde se habia dado a conocer por sus proezas, no era con todo la primera vez que hacia sentir a la marina española el peso de su brazo; pues ya en 1813 habia arrebatado en Talcahuano a los navegantes realistas presas de mucha importancia, i eso casi sin los elementos precisos. Llevaba a sus órdenes la mayor parte de los dragones que con él habian escapado de Rancagua.

A fines de Octubre de 1845 salieron de Buenos Aires la Negra i el Trinidad, i poco despues el Halcon i el Uribe, llevando todos bandera argentina, ménos el último que habia enarbolado una bandera negra. Los audaces marineros que los montaban, se atrevian a doblar en tablas podridas por el tiempo, ese terrible cabo de Hornos que todavia hace empalidecer a los mas intrépidos navegantes, i se comprometian con cuatro buques mal equipados a limpiar de todo bajel enemigo el vasto océano que se extiende desde la tierra del Fuego hasta el istmo de Panamá. Arrostraban peligros

(16) Para formar esta relacion nos hemos guiado en primer lugar por el testimonio del jeneral don Ramon Freire i en segundo por varios partes relativos al asunto escritos por las autoridades de Lima o Guayaquil.

de todo jénero, con nociones imperfectas sobre la direccion de los vientos i la posicion de los lugares, en un mar, se puede decir, desconocido, porque hasta entónces casi solo habia sido surcado por los bajeles españoles. Iban a atacar con fuerzas mediocres, i sin ninguná esperanza de socorro, a un adversario dueño de todas las costas, i no deteniéndose aquí su arrojo, estaban resueltos a saltar a tierra i a acometerle en ella, aunque se hallase parapetado detras de sus fortalezas, algunas de las cuales tenian la fama de ser inexpugnables.

La Negra i el Trinidad pasaron sin tropiezo el Cabo de Hornos, i dirijieron su rumbo hácia la Mocha, punto de reunion señalado de antemano para los buques de la expedicion. El viaje de el Halcon i el Uribe distó mucho de ser feliz. No encontraron en su camino a los realistas, ningun navio procuró cerrarles el paso; pero al doblar el cabo tuvieron que combatir a enemigos mas terribles todavia, los vientos, que concitaron contra ellos una desecha tempestad de catorce dias. Durante ese tiempo las dos embarcaciones marcharon convoyadas, para que en caso de desgracia, una de ellas sirviese de asilo al equipaje de la otra. La que ménos resistencia ponía al embate de las olas, era el Uribe, que su armador habia cargado con tantos cañones i de tan grueso calibre, que se hundia naturalmente en el agua bajo un peso que su porte no le permitia sostener. Un dia, a la caída de la tarde, i en lo mas recio de la barrasca, lo percibió el Halcon medio envuelto entre las nubes i las sombras de la noche, en un estado de angustia tal, que su pérdida le pareció inevitable. No le fué posible prestarle ningun auxilio; porque él mismo resistía apénas a la furia de la tempestad, que levantaba millones de olas tan altas i tan prontas en reventar, que una sola que hubiera azotado contra la embarcacion la habria sumerjido. Cuando a la mañana siguiente se disiparon las tinieblas, el Halcon no divisó por ningun lado a su compañero de viaje. Desde entónces nadie volvió a ver a el Uribe. Quién sabe cuál habia sido su suerte. Talvez el huracan lo habia sepultado en el fondo del océano, o estrellado contra las rocas erizadas de puntas agudas, que cubren aquellas playas. Este era el único de los cuatro buques que no llevaba a su bordo mas que chilenos. De tan trájica manera pereció con sus con-militones tan enérjicos como él, don Julian Uribe, que con su cabeza de tribuno i su corazon de soldado, quién sabe qué papel estaba llamado a representar en las futuras revoluciones de Chile; pereció allí donde termina el Atlántico i principia el Pacífico, cuando su imaginacion quizá le sonreía con la idea de gloriosos triunfos i con la imájen seductora de recuperar esa patria, a la cual todo se lo habia sacrificado. ¡Pobre clérigo! que murió sin otra necrolojia que una cuantas lineas de la Gaceta del Rei, que infamaban su persona i su familia, i que le perseguian aun mas allá de la tumba, haciendo impiamente a Dios cómplice de sus rencorosas pasiones.

Reunido en la Mocha el Halcon con la Negra i el Trinidad, segun estaba convenido, descansaron de sus fatigas, i despues de reparar sus averias, se dispusieron para dar principio a sus proyectos, que modificaron con arreglo a sus intereses. Muerto Uribe, los jefes de los otros tres buques eran extranjeros, a quienes excitaba sobre todo el deseo del lucro, i que por lo tanto se empeñaban en hacer el mayor número de presas que les fuese posible, aunque para conseguirlo hubieran de descuidar los demas fines de la expedicion. Así miéntras Brown se dirijia a reconocer la isla de Juan Fernandez, despachó el Halcon i el Trinidad para que recorriendo las costas, sorprendieran las naves ignorantes todavia del riesgo que las amenazaba. Sea porque los vientos se lo impidieran, o por cualquiera otro motivo, lo cierto es que la Negra no ejecutó ninguna tentativa de ataque contra el presidio, ántes al contrario se dirijió apresuradamente a San Lorenzo, isla cercana al puerto del Callao, donde habian quedado de reunírsele sus compañeros. No habiendo tardado es-

tos en llegar cargados de botín i de prisioneros, la escuadrilla se puso a cruzar a la boca del indicado puerto, en acecho de los buques que entrasen o saliesen. Como en Lima se ignoraba, no solo la proximidad, sino aun la existencia de semejante corso, los insurjentes permanecieron a su gusto en la ventajosa posición que habian escogido, sin que nadie los inquietase durante diez dias, que aprovecharon para sus negocios. La suerte los favoreció mas de lo que se habian imaginado quizá; pues cayeron en sus manos cuatro hermosas naves con rico i surtido cargamento, entre ellas una gran fragata, la Gobernadora, i un velero pailebot, el Andáruz, que pasaron a engrosar sus fuerzas, armadas cada una con dos cañones. A otra de las embarcaciones apresadas le derribaron los palos, i la convirtieron en un ponton, que les servia de cárcel para los prisioneros i de hospital para los enfermos. Fué trasladada a este sitio la tripulación de la Gobernadora, que habia sido reemplazada por jente segura, i con ella el carpintero del buque. Este que era hombre intrépido, no pudo conformarse con su detención, i buscó cómo escaparse. Comunicó a sus compañeros el objeto de sus preocupaciones, i escusado parece decir que todos le aprobaron i prometieron su cooperación. No se les presentaba otro medio de fuga, que un bote que habian dejado en el ponton; pero precisamente lo habian dejado, porque estaba tan agujereado i mal traído, que lo habian juzgado bueno para nada. Mas ya que no se ofrecia otro arbitrio, se pusieron a reflexionar entre todos sobre su composición, i al fin lograron medio tapar los agujeros con las zuelas de unos baúles. Cuando lo hubieron remendado lo mejor que pudieron, se embarcaron en él confiados en la protección del cielo veinte i un individuos, que arribaron felizmente a Chancaí, i comunicaron los primeros en Lima la noticia de la estación del corso patriota.

Nada podria espresar el furor de Brown, cuando descubriendo a la vuelta de una de sus correrías la fuga de los presos, conjeturó que la posición de su flotilla no era ya un misterio para los peruanos. Mas no conformándose con perder sin indemnización las valiosas presas de que, a no sobrevenir este contratiempo, se habria apoderado, resolvió desquitarse con un golpe de mano sobre el Callao. A primera vista parece que solo a un loco se le ocurriria acometer con cinco buques estropeados i faltos de tripulación, al mas importante de los establecimientos españoles en la América del Sud; al Callao defendido por esos célebres castillos, cuyos poderosos medios de resistencia pueden calcularse por su excesivo costo, que hacia preguntar a Carlos III si estaban contruidos de piedra o de plata; al Callao defendido por ciento cincuenta cañones colocados en tan fuertes baterías, que de su boca partió el último tiro en favor de la Metrópoli; al Callao en fin defendido mas que por todo esto, por su fama de inexpugnable. El asombro que esta audacia inspira, subirá de punto, cuando se sepa que Brown no intentaba solo sacarse bajo el fuego de las fortalezas enemigas a los buques surtos en la rada i lanzar algunas balas rojas contra la población en desquite de sus expectativas burladas; sino que se proponia desembarcar en la ciudad misma i arrebatarle sus tesoros. Sin embargo el resultado casi justificó este ataque temerario, que rayaba en la insensatez.

El 21 de enero de 1816, la escuadrilla penetró hasta dentro de la bahía, i contestó a las balas de los castillos, que agujereaban las naves, izando la bandera insurjente i saludándola con veinte i un cañonazos. En aquel momento no habia en el puerto buques armados en guerra; pero si lanchas cañoneras, que sostenidas por un fuego bien nutrido de las baterías de tierra, obligaron a los patriotas a ponerse en retirada. Dos o tres veces mas, volvieron al asalto, echando a pique en una ellas, la fragata Fuente Hermosa e incendiando varias casas de la ribera. Pero como nada obtenian con esta clase de ataque, por mas arrojado que desplegasen, renunciaron a la táctica franca de que habian usado hasta entónces, i recurrieron a una de esas estratagemas en que el buen éxito depende de la audacia, i que en tiempos posteriores empleó

lord Cochrane. Por la noche encendieron varias fogatas en la isla de San Lorenzo, que cierra i domina la bahia, para llamar hacia aquel lado la atencion del enemigo, i mientras tanto, protegidos por la oscuridad, se aventuraron al traves de los buques en cuatro o cinco botes. Al principio todo les salió a pedir de boca; respondian *la ronda* al quien vive de los centinelas, i estos engañados los dejaban pasar adelante. Merced a este ardid, lograron sorprender varias lanchas cañoneras; pero al fin uno de los botes cayó sobre una que estaba alerta. Habia en ella 50 estremeños recién llegados de España, que recibieron a los asaltantes en las puntas de las bayonetas. Trábose entónces cuerpo a cuerpo una lucha encarnizada, en que la victoria no habria favorecido a los realistas, si el estrépito del combate no hubiera hecho acudir a los botes de auxilio, que con un fuego mortífero obligaron a los audaces aventureros a retirarse con mucho daño apesar de su denuedo.

Abortado este plan, estaba visto, ni la fuerza, ni la astucia salian bien contra el Callao, i la prudencia aconsejaba a los expedicionarios no encapricharse en la temeridad, o mas bien, su pérdida era segura, si no buscaban la salvacion en una pronta fuga. Abascal habia destacado de Lima una division de 4,000 hombres, que para perseguir a los corsarios iba a embarcarse en seis buques de alto bordo, que aceleradamente habia armado con las erogaciones del comercio (18). Habiendo tomado en cuenta estas mismas consideraciones partió Brown el 28 de Enero, i como importase para el logro del corso que se ignorara el derrotero de la escuadrilla, aparentó encaminarse a Chile; pero con el fin de que perdiesen su pista, cambió por la noche de direccion, continuó recorriendo la costa hacia el norte i no se detuvo hasta Guayaquil, adonde se acercó con la resolucion de arrancarle una gruesa contribucion con el perentorio argumento de sesenta balas rojas, que habia aprontado para lanzárselas, si no se dejaba convencer. Esta ciudad se hallaba en extremo alarmada con el aviso del corso trasmitido por Abascal a todos los puertos del litoral; mas apesar de que temia la visita de los corsarios, no se la aguardaba tan pronto. Los patriotas, pues, habrian podido con facilidad sorprenderla, si desgraciadamente un pailebot que a fuerza de velas se escapó de ser tomado al entrar, no hubiese anunciado su venida.

Guayaquil está situado sobre un rio ancho, rápido, navegable, que tiene flujo i reflujo como el mar; cuatro fuertes contruidos sobre sus bordes defienden el pasaje; el primero, denominado Punta de Piedra, dista cinco leguas del puerto. Se necesitaba ántes de penetrar en la bahia, posesionarse de esta fortaleza, que era como su llave. No perdieron tiempo los independientes, i mientras Brown la acometia por mar, Freire saltaba valerosamente en tierra, i caminando a la sombra de unos bosques que ocultaban su marcha, la atacaba por retaguardia i se apoderaba de ella a la bayoneta. El gobernador habia procurado defenderla tan luego como recibió la noticia de encontrarse a las puertas el enemigo; mas el refuerzo que le envió, volvió a avisarle que habia llegado demasiado tarde, porque habia caido ya en poder de los asaltantes. Grande fué la confusion en Guayaquil, cuando se supo este desastre. Todos no pensaban mas que en huir, las mujeres i aun la mayor parte de los hombres, i en poner a salvo los caudales tanto públicos, como particulares; pues todavía estaba vivo el recuerdo de los filibusteros, que varias veces se habian precipitado sobre la ciudad como aves de rapiña, cometiendo todo linaje de atrocidades i saqueando hasta los templos.

En medio del espanto jeneral, las autoridades organizaban la resistencia, cubrian la playa de soldados, levantaban baterias i procuraban en una palabra recibir del mejor modo que les fuese posible a sus adversarios. Estos no tardaron en penetrar en la rada con solo un bergantin i una goleta, pues a los buques mayores los ha-

(17) Estos buques eran las corbetas Tagle, Minerva, Palafox, Reina de los Angeles, Comercio i el bergantin Barbarita, bajo el mando de don Isidro Cousseyro.

bían dejado afuera, temiendo que la poca altura del agua los embarazara en su marcha i les impidiera maniobrar con libertad. El asalto principi6 con ventaja de los insurjentes. Las tropas de desembarco bajo la direccion de Freire abordaron la ribera, arrebatando una de las baterias, cuyos cañones echaron al rio. Mas un fatal incidente les impidi6 aprovecharse de un triunfo, que juzgaban seguro. Uno de los castillos denominado San Carlos incomodaba al bergantin en sus movimientos; impaciente Brown por las averias que le estaban causando sus balas, impeli6 el bergantin hacia tierra para colocarse a medio tiro de pistola i trabar el combate con mas ventaja. En ese momento bajaba la marea, i el norte poniéndose como el mar de parte de sus contrarios, encall6 el buque en la arena; por casualidad se encontr6 barado en tal situacion, que los realistas ocultos detras de parapetos, descargaban sobre el sus fusiles a mansalva i sin recibir lesion alguna, de manera que con facilidad se enseñorearon del buque. Algunos de los corsarios pudieron escaparse en las lanchas; Brown que no consigui6 imitarlos, viendo que los guayaquileños asesinaran sin piedad a los restantes baj6 a la Santa Bárbara con un lanza fuego en la mano, i los amenaz6 con que si no respetaban el derecho de jentes, incendiaría la pólvora. Conociendo por su ademán que estaba resuelto a cumplirles la palabra, suspendieron la carnicería, haciendo prisionero a Brown i 44 de sus compañeros. El populacho se veng6 en el bergantin del miedo que los marinos le habian causado; en un instante lo despedaz6 furioso, saqueando las velas, jarcias i mástiles; trabaj6 les cost6 a las autoridades que no se robasen hasta los cañones.

Al observar Freire la desgracia de Brown, reembarcó en la goleta las tropas con que habia asaltado i tomado una de las fortificaciones de tierra, i se junt6 felizmente con las otras embarcaciones, siendo el portador de la triste noticia de la prision del jefe. El sentimiento que debia producirles tan infausto acontecimiento, no amilan6 a aquellos intrépidos navegantes. Sin demora pensaron en salvar a su caudillo, i como durante la correria se habian habituado a burlarse del peligro a fuerza de temeridad, no trepidaron un instante en comprometerse en el rio con la fragata i la corbeta. La suerte del bergantin no los hizo prudentes, i marcharon adelante confiados en esa buena estrella que siempre favorece a los bravos. Los guayaquileños habian recuperado su tranquilidad; pues creian que las fragatas no se animarian a entrar en la bahia, a causa de su magnitud i por no dejar sin custodia las valiosas presas que arrastraban consigo. Mucho se asombraron, pues, cuando percibieron la Negra i el Halcon, que venian a proponer a tiro de cañon el canje de sus compañeros. No obstante su reciente victoria, no se encontraron capaces de rechazar por si solos un nuevo ataque, i cifraron todas sus esperanzas en la oportuna llegada de la flota peruana, que segun los partes del virrei debia aparecer de un momento a otro. Mas en valde los atalayas consultiaban el horizonte, no se divisaba ninguna vela amiga, i mientras tanto todo el mundo podia ver estacionar dentro de la misma bahia a los corsarios en facha asaz amenazante. Ent6nces procuraron embromarlos, para ganar tiempo hasta que les viniesen auxilios. Con esta intencion aparentaron prestar oidos a las propuestas de los independientes; mas en vez de darles una respuesta categ6rica, se pusieron a hacer objeciones, a cambiar mensajes, a proponer modificaciones i a disculparse de aquellos interminables trámites con que habia que reunir al pueblo para consultarle, i con otra infinidad de pretestos por este estilo. Conociendo su táctica Freire i el hermano de Brown que dirijian el ataque, intimaron que si dentro de algunas horas no se concluía la transaccion, incendiarían a bala roja la ciudad, ultimatum que produjo un efecto májico en los guayaquileños, que en tantas ocasiones habian experimentado el fuego de los piratas. En un momento todo se arregló, cediéndose en cambio de Brown i de sus compañeros una de las fragatas apresadas, tres buqucitos de poco valor i ademas algunos

personajes de jerarquía que habian caído en poder de los corsarios, entre ellos el nuevo gobernador Mendiburu, que venia de España a Guayaquil.

Después de las dos tentativas infructuosas sobre el Callao i Guayaquil, los marinos patriotas, amenazados por la escuadra del Perú, no habrian podido permanecer por mas tiempo en el Pacífico; sin esponerse a ser esterminados por las fuerzas superiores que se enviaban contra ellos, pero mas que este riesgo, lo que particularmente se oponia a la continuacion del corso, era la desunion que habia comenzado a reinar entre los espedicionarios. Individuos de diversas naciones, diferentes por sus creencias i costumbres, hablando distinto idioma, animados talvez por antipatias de raza, no los ligaba siquiera la unidad de miras; pues la empresa, para los unos era una especulacion, para los otros una cruzada en favor de la causa americana. Al principio cuando no habia todavía un rico botin que repartirse, los intereses egoistas de los unos se hermanaban con las miras patrióticas de los otros; todos se empeñaban en marchar juntos adelante, sea para molestar a los realistas, sea para hacer negocio con las presas de los buques enemigos. Pero cuando después del suceso de Guayaquil, trataron, en la isla de Galápagos, donde se retiraron al efecto, de distribuirse los despojos, estallaron a impulsos de la codicia las rivalidades hasta entonces contenidas, i fué imposible para el porvenir el concierto i la armonia. Los dos jefes, el uno frances i el otro ingles, que ya se habian enemistado durante el curso de la espedicion acabaron de malquistarse con ocasion del repartimiento. El odio que se inspiraron fué un odio a muerte, al menos en cuanto a su manera de expresarse: Buchard decia que abia de ahorcar a Brown, i Brown que abia de ahorcar a Buchard. Para evitar una mala interpretacion, hai sin embargo que hacerles la justicia de confesar que estas desavenencias eran, por decirlo así, puramente domésticas; no habian salido del casco del buque; en los dias de peligro los aventureros siempre habian recordado que combatian bajo una misma bandera i contra el mismo enemigo. Con todo la conciliacion era imposible; i luego que se arreglaron como pudieron, la espedicion se dividió en dos que tomaron diverso rumbo. Buchard con la Consecuencia, una de las naves capturadas, i el pailebot Andaluz, volvió a doblar el cabo i arribó felizmente a Buenos Aires. Freire, que iba de jefe de armas de la Consecuencia, al poco tiempo después de su desembarco, pasó a incorporarse al ejército de Mendoza con los restos de sus dragones, reliquias gloriosas de tantos combates, que acribillados de heridas, pelearon todavía en las llanuras de Maipo. Brown con la Negra i el Halcon se dirigió al puerto de San Buenaventura (en la costa del Chocó) a proveerse de víveres i a vender sus efectos. Habia desembarcado muchas de sus mercaderías i la mayor parte de la tripulacion, cuando supo que los realistas se aproximaban. Sin detenerse echó a pique una de sus embarcaciones que le estorbaba, i huyó precipitadamente, dejando en tierra sus efectos, lo que es mas, un gran número de sus compañeros, entre los cuales se encontraba su propio hermano i muchos chilenos que perecieron o fusilados por los españoles o combatiendo a las órdenes de Bolívar, en cuyas filas se enrolaron después los pocos que se salvaron.

Este corso, aunque operó sobre parajes distantes de Chile, influyó sobre los acontecimientos de este país; suspendió sus comunicaciones con el Perú, impidiendo que Abascal le remitiese socorros, i distrajo la atencion de Marcó del punto en que siempre debería haberla fijado, Mendoza.

(Continuará.)